

El fuego del amor uranio

Wilde, Prometeo de la *Belle Époque*

Francisco Mercado Noyola

*He puesto todo mi genio en mi vida;
en mis obras sólo he puesto mi talento*

OSCAR WILDE A ANDRÉ GIDE
Argel, 1895

EL PSICOANÁLISIS ES CAPAZ DE DESENMASCARAR muchas de las verdades más ignotas y aún negadas de la naturaleza humana. En el ámbito de la literatura algunos emprenden el loable esfuerzo de ofrecer claves psicológicas a la obra de aquellos a quienes aman mediante sus ideas y experiencias. Editorial Me cayó el veinte publica *Oscar Wilde, el amor de lo imposible*, del psicoanalista lacaniano Rodolfo Marcos-Turnbull, libro en el que se constata la pasión más vehemente por la vida y obra de un autor. Julian Barnes ejerció el mismo gozo por la obra de Flaubert, y lo llamó “el amor más puro y el más constante”, en el tenor de la corriente impresionista de la crítica literaria —ejercida por el mismo Wilde— que proponía hacer una obra de arte sobre los textos amados. Oscar Wills O’Flaherty Wilde fue una víctima del amor; para él éste fue un fin intelectual, estético y sensitivo. Juzgado como un “hombre frívolo”, ¿escandaloso o mártir?, por una sociedad cuya rigurosa moral daba cimiento al imperio secular de Albión, fue condenado a dos años de trabajos forzados en 1895: sentencia que se purgó en los infiernos de Newgate, Pentonville, Wandsworth y Reading, y cuyo honor de caballero irlandés rehusó evadir.

Para Oscar el amor “uranista” era el más noble, por encima de otras formas. *El retrato de Dorian Gray*, genial apología del amor homosexual, obró en autos como prueba en contra en el juicio que enfrentó por el delito victoriano de *Gross indecency*. Lo que para la sociedad británica era preciso condenar no era el acto en sí de las relaciones homosexuales, sino su prodigioso, público y afrentoso discurso apolo-gético. Siendo Wilde un respetado caballero del “gran mundo” londinense, social y artísticamente aclamado, devoto padre de familia, era inconcebible que su naturaleza revelara una *Salomé* sanguinaria de deseo carnal por el Profeta. En *El retrato...* opera un desdoblamiento del *alter ego* wildeano; el influjo es una pérdida del maestro en

aras del crecimiento del pupilo. Así Lord Henry Wotton es el aristócrata mundano que enarbola el egoísmo a ultranza, la sensualidad y el empirismo ilimitados. Representa la influencia estética amoral, hedonística y dionisiaca sobre la perfecta belleza de la juventud; lo bello que es bueno en sí mismo. El artista platónico, el esteta epicúreo, el Wilde estudiante de cultura grecolatina en Oxford exalta el amor divino, la elevación moral-estética, el binomio bondad-belleza. Dorian encarna la pugna entre el amor divino y el loco amor. La tragedia del gran irlandés radica en haber deseado la resolución feliz al perpetuo conflicto.

En la exitosa comedia *The Importance of Being Earnest* se exhibe una corrosiva sátira sobre la severidad ridícula de la sociedad victoriana, ejecutando brillantes intercambios lúdicos entre la solemnidad y la trivialidad. La aparente banalidad de las materias esenciales de la vida que trató en su obra hace más inverosímil su autoinmolación en aras de sus ideales eróticos, vitales y estéticos. En su ensayo *El crítico como artista* su fascinación por la escultura griega evidencia la supremacía del arte sobre la vida, de la estética sobre la ética, de la belleza sobre la verdad. Su nueva filosofía se erige en una “búsqueda de los signos de lo bello y del secreto de la vida”. Bosie fue su Cármenes, joven hermoso cuyas virtudes morales e intelectuales Sócrates deseó someter a examen; mas al descubrir el viento sus partes pudendas, la férrea voluntad inquisitiva del filósofo se vio reducida a ardientes e irracionales brasas.

En el crucial escenario cultural de la *Belle Époque Parisienne* Wilde afirma a André Gide que Platón y Cristo no podrían jamás ser realizados en la vida o en la filosofía, sino en el Arte. En la *Correspondence* de Gide a Paul Valéry en 1891 éste cuestiona el valor de “perseguir [en Wilde] una mariposa frívola y de color indiferente”. Gide da testimonio del aliento que Wilde insufla en él para gozar su segunda experiencia homosexual con un joven músico árabe en Argel, de la incapacidad del dublinés para alejar a Bosie de su vida, de su placer por dejarse dominar por él, de su decisión



Oscar Wilde en 1882.
(Fotografía: Apic/Getty Images)

irrevocable de sostener contra Lord Queensberry la gran querrela de su vida, del ser débil y destruido que había arrojado la prisión, de la tragedia de su vida al no poder transmutar su drama vivido en carne propia, en una obra literaria más extensa e inmortal.

En su obra poética el gran dublinés afirma que “prefiere la diadema de mirtos de los amantes a la corona de laureles del poeta”, así como *De Profundis* constituye para él una posible interpretación y apología al *pathos* y peripecia de su vida. Calibán, personaje teratológico de *La tempestad* de Shakespeare: bruto, filisteo, rústico y perverso como el lado oscuro de la naturaleza, es encarnado en su drama por el Marqués de Queensberry. Lord Alfred Douglas, la pasión —inconfesadamente malsana— de su vida, porta la máscara de Esporo, efebo corrupto y afeminado que escenifica falaces nupcias con el decadente emperador Nerón. La paradoja irresuelta se expresa de la siguiente forma: Oscar anhela consumir el ideal griego —acaso incorpóreo— del amor homosexual platónico, en la carne humana y palpitante de un efebo romano de la Decadencia. En carta de 1894 Oscar asegura a Bosie que lo ama por su genio poético y su belleza adolescente; cuando en años posteriores asegura a su amigo Robbie Ross que volver a sentir su “egoísmo sin

imaginación” representaría volver al infierno del que había salido al dejar la prisión. Días más tarde, el gran dramaturgo, humillado hasta la ignominia, desafiando el desahucio familiar, social y material, escribe a Douglas que es él su única oportunidad de volver a ser bendecido por las musas: “Te amo porque me has perdido.”

Oscar Wilde, el amor de lo imposible es un libro escrito con la sapiencia del que conoce y analiza, con pasión irrenunciable, la vida y obra de su autor admirado, a pesar de que la corrección de estilo y el cuidado de la edición no sean impecables. No obstante, estos asuntos sin importancia dejan intacto este egregio esfuerzo por rescatar y enaltecer la vida y obra de una de las figuras señeras —Cristo del amor entre dos hombres— de la literatura y el amor *gay*. Oscar Wilde muere con su siglo, casi menesteroso, en el Hotel D’Alsace, 13 Rue de Beaux-Arts el 30 de noviembre de 1900. El ideal de su existencia intensa podría acaso ser resumido en su cuento “El ruiseñor y la rosa”, relato en el que una hermosa ave canora entrega su sangre toda en aras de teñir una rosa blanca, con un motivo tan anodino como la salvación de la honra de un insignificante petimetre de la aristocracia británica. Lady Bracknell en *The Importance of Being Earnest* lo hubiese celebrado con flemático beneplácito. 🏴‍☠️



Rodolfo Marcos-Turnbull
Oscar Wilde, el amor de lo imposible
México, Me cayó el veinte, 2013, 380 pp.